

# EL MAL Y LO ILIMITADO EN LA FILOSOFÍA DE PROCLIO

**Pablo Maurette**

---

*Universidad de Buenos Aires*

El siguiente trabajo tiene por objetivo presentar los aspectos fundamentales de la concepción del mal en la obra del filósofo neoplatónico Proclo, a la luz de ciertos principios fundamentales de su metafísica, que nos ayudarán a lograr una visión bastante más completa y clara del problema. Tomaremos como eje principal el tratado *De Subsistentia Malorum*, opúsculo en el cual Proclo se dedica exclusivamente a la dilucidación del problema del *status* ontológico de los males, así como también a la cuestión referente a su causa y, por último, al grave problema -origen de toda teodicea- de la responsabilidad divina respecto del mal. Cabe mencionar que Proclo aborda diferentes aspectos del problema del mal en casi todas las obras que de él se conservan<sup>1</sup>, lo cual demuestra la gran importancia que le concedía al tema. El tratado al que nos referiremos principalmente, sin embargo, tiene la virtud, por una parte, de versar pura y exclusivamente sobre el problema y, por otra parte, de condensar en mayor o menor medida, prácticamente todo lo dicho en las otras obras al respecto. Así, luego de haber repasado las conclusiones a las que llega el Licio, intentaremos poner en evidencia -recurriendo a textos de la *Teología Platónica*- cómo el accionar de los principios del “límite” (*to péras*) y de lo “ilimitado” (*to ápeiron*) explica satisfactoriamente el fenómeno de los males en el mundo. Dichos principios actúan dentro del esquema metafísico procesional típicamente neoplatónico del autor, como articuladores del despliegue de la realidad a partir del Primer Principio, ora conservando la unidad en los seres- como es el caso del límite-, ora desbordando hacia la multiplicidad - en el caso de lo ilimitado. Por último veremos que el estricto monismo que caracteriza al sistema procliano no se ve puesto en jaque ante la amenaza de los males. Esto significa que, a pesar de que el sistema hace a toda forma de la realidad provenir en última instancia de un único principio, que es divino y, por ende, bueno por antonomasia, la teodicea propuesta es sumamente consistente. De hecho constituye probablemente uno de los más sólidos

---

<sup>1</sup> Por ejemplo en *In Remp.* (Kroll, I pp. 27-33), *In Timaeum* (Diehl, I pp. 373-381), *In Parmenidem* (Cousin, III 829-831), *Teología Platónica* (Saffrey-Westerink, I, 18).

intentos por dar cuenta de la existencia del mal en el cosmos, sin responsabilizar al Creador y salvaguardando siempre su absoluta bondad. Pasemos, entonces, a ver lo que dice Proclo respecto de los males.

Proclo es seguramente el último gran exponente del pensamiento griego antiguo y pertenece a lo que los comentaristas del siglo XX han dado en llamar “la escolástica platónica”. Los pilares de su visión del mundo son, a las claras, platónicos, aunque matizados por diversos conceptos acuñados a lo largo de los más de ochocientos años que lo separan de Platón. Proclo considera que el cosmos es un todo ordenado, lo cual, en el caso de un neoplatónico, significa que la realidad se despliega, a partir de un principio divino, en distintos niveles de acuerdo a una jerarquía ontológica, según la cual se ordenan las diversas clases de entidades que pueblan el universo. El principio último de la realidad es absolutamente trascendente, estando incluso por encima de la esfera del ser. A partir de Él, y a causa de su superabundancia de potencia generadora, proceden todas las esferas que componen el cosmos, las cuales no pueden sino verse cada vez más degradadas ontológicamente, puesto que, a medida que se extiende la procesión, la distancia respecto del principio se agranda; y cuanto más lejos se está de Él, menos se participa de su perfección.

A la hora de lidiar con el problema del mal, Proclo, como es costumbre en él, recurre a los pasajes de los diálogos en los cuales Platón se refiere al problema. En el caso particular del problema del mal, se encuentra con algunas dificultades en los textos platónicos e intenta resolverlas a comienzos del tratado *De Subsistentia Malorum*. El dilema surge del hecho de que Platón en el *Timeo* sostiene que el Demiurgo, por ser bueno y estar exento de toda envidia, quiso que todo fuese bueno<sup>2</sup>, por lo que, dice Proclo, no puede haber entonces nada que sea malo<sup>3</sup>; sin embargo en el *Teeteto* dice Sócrates que los males existirán siempre entre las naturalezas mortales, ya que debe haber un contrario del Bien<sup>4</sup>. Para resolver este entuerto, conciliando a Platón consigo mismo, argumenta Proclo que el mal es un Jano bifronte. Así como el Bien existe en su

---

<sup>2</sup> Cfr. 30 a, Platón, *Timeo*, edición a cargo de Lozza, Giuseppe (1994), Milán, Mondadori.

<sup>3</sup> Cfr. III, 15 y ss. Proclus, *De Subsistentia Malorum* en *Trois études sur la Providence, Vol III: De l'existence du mal*, texto y traducción Daniel Isaac (1982), París, Les Belles Lettres.

<sup>4</sup> Cfr. 176 a, Platón, *Teeteto*, traducido por Harold North Fowler (1996), The Loeb Classical Library, Londres, Harvard University Press.

pureza, en tanto primer principio de la realidad, y también existe bajo formas más degradadas en las diferentes entidades que de él proceden, el mal también tiene un costado puro y otro degradado<sup>5</sup>. El mal puro -y aquí Proclo adopta los argumentos esgrimidos por Platón en el núcleo duro de la discusión ontológica de *El Sofista*-, al igual que el no-ser absoluto, no existe. Sin embargo el mal mixto, el mal mezclado con alguna clase de bien, sí existe. Es por ello que el mal no existe como contrario del Bien, sino que más bien los distintos males existen en calidad de contrarios de los bienes particulares. El mal es, entonces, un *subcontrarium*<sup>6</sup>, y esto lo hace depender del bien al que se opone para existir, pues solo lo que participa en alguna medida del Bien puede tener ser. Vemos así cómo Platón no se contradice de ninguna manera según Proclo. Los males existen, en tanto *subcontraria*, pero el mal en sí no existe, tal y como lo quiso el Demiurgo.

Ahora bien, si ya hemos determinado que los males existen, ahora debemos detectar en dónde es que existen, en qué entidades se pueden encontrar. Es evidente, dice Proclo, que en ninguno de los seres inteligibles se puede hacer presente un mal, ya que éstos viven en la vecindad de Dios y actúan siempre según el rango que les ha sido asignado, sin sobrepasar jamás los límites de sus propias naturalezas<sup>7</sup>. Sabemos, en cambio, que los encontramos en los cuerpos, bajo la forma de enfermedades y deformidades, pero sin embargo en las almas particulares también podemos encontrarlos, ya que éstas se caracterizan por poder tanto elevarse como caer<sup>8</sup>. Aquellas almas que no se dejen penetrar por las pasiones, que no sientan fascinación por lo que les es inferior y que pugnen por ascender, dedicadas de lleno a la contemplación de las hipóstasis superiores, no serán terreno fértil para la propagación de los males. Sin embargo Proclo aclara, parafraseando a Sócrates en *República* 621 a 6-7 que “no hay alma que no esté obligada a beber cierta cantidad de la copa del olvido”<sup>9</sup>. Esto significa que el alma es, por naturaleza, mutable en cuanto a su esencia y, por tanto, susceptible de volverse sustrato de males. Las almas que se dejan embelesar por las naturalezas más bajas, caen en desgracia, se vuelven esclavas de las pasiones y entonces es cuando aparecen en escena los males. El bien para el alma es, por consiguiente, la huida

---

<sup>5</sup> Cfr. *Op. cit.* VIII, 9 y ss.

<sup>6</sup> Cfr. *Op. cit.* IX, 18.

<sup>7</sup> Cfr. *Op. cit.* XII, 20.

<sup>8</sup> Cfr. *Op. cit.* XX, 10 y ss.

<sup>9</sup> Cfr. *Op. cit.* XXI, 20.

de este mundo y la asimilación con lo divino, tal y como lo había ya sostenido Platón en el célebre pasaje de *Teeteto* 176 a-b.

A continuación y, habiendo quedado establecido que los males sólo aparecen cuando las almas toman el camino cuesta abajo, Proclo debe dar cuenta de la causa, o las causas, de los males. Teniendo en cuenta que sólo los principios divinos -es decir el Primer Dios, los dioses menores o *hénadas*, el Intelecto divino y el Alma del Mundo- tienen para Proclo el rango de causas, éstos sólo pueden ser causa de cosas buenas<sup>10</sup>. De esta forma, si el mal no puede existir más que mezclado con algún bien, podemos concluir que el bien del cual el mal será *subcontrario* proviene de causas divinas. Pero ¿el costado malo de dónde proviene? Es evidente para Proclo que postular un principio de los males, a la manera de los gnósticos, o incluso a la manera de Plotino<sup>11</sup>, implicaría caer indefectiblemente en un sistema dualista, por lo que no se puede más que sostener, entonces, que resultaría incorrecto hablar de una única causa de los males. Éstos son, en consecuencia, producto de una miríada de causas adventicias<sup>12</sup>, como por ejemplo la impotencia, la debilidad y la discordancia interna a las almas, que las hace hundirse en la materia.

Viendo y considerando todas estas notas que caracterizan a los males, dice Proclo, estamos en condiciones de afirmar que su modo de existir, su *status* ontológico, consiste, más que en una existencia propiamente dicha, en una *para-existencia* (*parhypóstasis*)<sup>13</sup>. Anthony Lloyd, en su ya clásico artículo sobre este concepto<sup>14</sup>, propone entenderlo como referente de un tipo de existencia parasitaria que depende ontológicamente de otra, a la que se adhiere, debilitándola y corrompiéndola. Con esto Proclo logra contestar a la primera gran pregunta respecto de los males, que era la concerniente a su existencia. Los males, como vimos, existen. Por el hecho de que existen, participan en alguna medida de algo bueno, a lo que se apegan para subsistir. De aquí que se diga que, más que existir, detentan una *para-existencia*. Ahora resta

---

<sup>10</sup> Cfr. *Op. cit.* XL, 24-30.

<sup>11</sup> Cfr. I, 8 [51], 14. Plotino, *Enneadi*, edición a cargo de G. Faggin (2000), Milán, Bompiani.

<sup>12</sup> Cfr. *Op. cit.* XLVII, 4-6.

<sup>13</sup> Cfr. *Op. cit.* XLIX, 15.

<sup>14</sup> Lloyd, Anthony (1987), "Parhypóstasis in Proclus" en *Proclus et son influence, Actes du Colloque de Neuchâtel, Juin 1985*, Zürich, Éditions du Grand Midi.

únicamente responder a la engorrosa pregunta que anima toda teodicea: “¿Cómo es que existen los males y de dónde provienen, si existe la Providencia (*prónoia*)?”<sup>15</sup>.

La providencia es la ley que gobierna el universo, de modo que es intrínsecamente buena y está siempre dirigida hacia el Bien. Entonces, ¿cómo puede ser que en un cosmos regido por un principio bueno, proliferen los males? La solución que propone Proclo es sumamente astuta y se funda sobre un axioma, que establece que “decir que Dios es causa de todo y decir que *Él solo* es causa de todo, no es lo mismo”<sup>16</sup>. En efecto, si bien Dios es, en última instancia la causa de todo lo que existe, cada hipóstasis inferior a Él es causa inmediata de aquella que le sigue en la escala ontológica; y cada una es causa de acuerdo a su propio modo de ser, o sea: en la medida de sus posibilidades<sup>17</sup>. Esto significa que los males, como ya habíamos visto, tienen diversas causas, que son erráticas y que operan en las esferas más bajas de la realidad. No obstante, todo lo que existe, por el mero hecho de existir, es bueno. Cabe citar un pasaje del *Comentario al Timeo*, en donde Proclo dice, siguiendo a su maestro Siriano: “La misma cosa que para la parte es un mal, para el Todo, para el conjunto, no solamente no es un mal, sino que incluso es un bien: pues, en tanto que existe y que participa de un cierto orden, esta cosa es buena”<sup>18</sup>.

Ahora, si bien podemos decir que la explicación que da Proclo de la existencia de los males es satisfactoria, sería conveniente recurrir en este punto a dos principios fundamentales de la metafísica procliana, que nos ayudarán a comprender mejor el operar de estas “causas adventicias”, principio de los males. Estos dos principios de que nos valdremos para esclarecer un poco más la cuestión son el límite y lo ilimitado. Ambos, junto con el producto de su entrelazamiento, i.e. el mixto (*to miktón*), aparecen problematizados exhaustivamente en el tercer libro de la *Teología Platónica*<sup>19</sup>. Según el análisis llevado adelante aquí por Proclo, el límite y lo ilimitado son dos potencias que

---

<sup>15</sup> Cfr. *Op. cit.* LVIII, 1-2.

<sup>16</sup> Cfr. *Op. cit. Ibid.* 22.

<sup>17</sup> Véase la Proposición 57 en Proclus, *The Elements of Theology*, revisión, traducción, introducción y comentario por E.R. Dodds (1963), Oxford University Press.

<sup>18</sup> II, 374. 11-13, Proclus, *Commentaire sur le Timée de Platon*, A.J. Festugière (1967), Paris, Vrin.

<sup>19</sup> Capítulos 8, 9 y 10.

inauguran el proceso generativo de la realidad<sup>20</sup>. Ambos elementos constituyen, de hecho, la primera gran teofanía, siendo el límite el primer depositario de la unidad divina, y lo ilimitado, la “potencia generadora del ser”<sup>21</sup>. El límite es, entonces, causa de todo aquello que es estable, uniforme y que se mantiene en su ser, mientras que lo ilimitado es el punto de partida de la serie de la generación, es el principio de la multiplicidad. Dice Proclo: “Toda medida y unidad en los seres proviene del límite; toda procesión hacia la multiplicidad proviene de lo ilimitado”<sup>22</sup>. Resulta evidente con esto que el accionar de ambos principios es igualmente indispensable para que se generen las diferentes hipóstasis y formas de existencia del universo. Sin embargo Proclo agrega a continuación algo que llama bastante la atención. Dice: “Dentro de las esferas de lo divino adjudicaremos el término superior al límite y el inferior a lo ilimitado”<sup>23</sup>. Esta sobrevaloración del límite probablemente se deba a que éste es el transmisor de la más divina de las características de Dios, que es la unidad, mientras que lo ilimitado es principio de dispersión y de desborde hacia lo múltiple.

Conviene en este punto recordar algo que decía Reale en su *Introduzione a Proclo*: “El gran nexa <límite-ilimitado-mixto> expresa una estructura triádica no solo de la procesión de la realidad desde lo Uno, sino también de toda forma de realidad en particular”<sup>24</sup>. Esta observación es la que nos sirve para relacionar el entrelazamiento dialéctico de estas potencias con el origen de los males en los seres particulares. Efectivamente, si tenemos en cuenta que, a medida que avanza el proceso creativo, las formas de existencia se van degradando cada vez más, entonces no resulta descabellado afirmar que el límite y lo ilimitado no se relacionan con la misma cadencia cuando se genera, por ejemplo, el Intelecto Divino (*Noûs*) que cuando se genera un individuo particular sensible. El límite conservará en mucho menor grado la unidad divina, de la que es depositario, en las realidades más alejadas de lo Uno; y a esto se debe que las entidades inferiores sean inestables, transeúntes y propensas a la dispersión. Es por esto que sostenemos que el principio que domina en los seres inferiores es el de lo ilimitado,

---

<sup>20</sup> Cfr. III, 8, 19-21 en Proclus, *Théologie Platonicienne, Vol. III*, H.D. Saffrey y L.G. Westerink (1978), Paris, Les Belles Lettres.

<sup>21</sup> Cfr. *Ibid.* 5

<sup>22</sup> Cfr. *Ibid.* 20-21

<sup>23</sup> Cfr. *Ibid.* 30

<sup>24</sup> Pg. 35 Reale, Giovanni (1989). *Introduzione a Proclo*, Bari, Laterza.

mientras que en las primeras hipóstasis y en el ámbito inteligible en general, prevalece el límite.

En el capítulo octavo del primer libro de la *Teología Platónica*, en el cual se trata el tema del mal, dice Proclo: “Cada uno de los seres universales está más allá de la perversión, pues en ellos domina siempre eso que conservan de más perfecto en su naturaleza; pero los seres particulares, al perder sus fuerzas, se separan continuamente de los seres universales al multiplicarse, dividirse, distenderse y, al mismo tiempo, oscurecen en ellos lo que tienen de bueno y liberan la existencia de su contrario, que permanece dominado por su mezcla con el Bien”<sup>25</sup>. Recordamos que el mal en el alma humana aparecía cuando esta “se separaba de los seres universales”, alejando la mirada de las hipóstasis precedentes y dirigiéndose hacia lo que le era inferior en naturaleza. Y esto no es sino un distenderse hacia lo que le es externo, perderse en la multiplicidad sensible y sucumbir a la división de su propio ser. El alma, que es por naturaleza inestable, resulta víctima de los males cuando deja prevalecer en sí el principio ilimitado que la lleva a desbordar hacia la multiplicidad, en vez de recogerse en su propia unidad, conservada en ella por el límite, para así iniciar el camino de ascenso y de vuelta a los primeros principios de la realidad.

Con todo esto no pretendemos concluir que el mal sea *lo* ilimitado, ni que este principio sea causa del mal. Proclo jamás aceptaría esto puesto que lo ilimitado es uno de los principios de la generación divina que da comienzo al proceso emanativo<sup>26</sup>. Lo que sí podemos decir es que, al llegar a las esferas inferiores de la realidad, el equilibrio y la armonía con que se articulaban el límite y lo ilimitado al generar a los seres universales, se ve afectado. Ya en su manifestación primera decía Proclo que el límite era superior a lo ilimitado<sup>27</sup>, y esto se debía a que el límite conservaba la unidad divina, mientras que lo ilimitado era la expresión de la infinita, ilimitada potencia creadora de Dios. En las hipóstasis supra-celestes domina, sin duda, el elemento unificador del límite, ya que ellas viven orientadas siempre hacia Dios y sin desbordarse. En cambio en los seres particulares -almas y cuerpos- debido a las características propias que los configuran y a

---

<sup>25</sup> Cfr I, 8, 10-15, Proclus, *Théologie Platonicienne, Vol. I*, H.D. Saffrey y L.G. Westerink (1975), Paris, Les Belles Lettres.

<sup>26</sup> Véase *Elem. Theol. Op. cit.* Prop. 152.

<sup>27</sup> Ver supr. pg. 6

la lejanía ontológica que los separa de Dios, el elemento ilimitado prevalece sobre el límite y hace que la entidad se disperse cada vez más. Así, cuando las almas -que por su condición natural pueden tanto elevarse como derrumbarse- dejan que prevalezca la ilimitación es cuando se hunden en la materia y se pierden en la multiplicidad de los seres, volviéndose de esta forma entidades ilusorias, dejadas de la mano de Dios y condenadas al vicio. Sin embargo al aferrarse a lo que conservan en sí mismas de Dios, que es la unidad intrínseca, el límite, entonces logran elevarse, cumpliendo de esta manera su deber ontológico. Cabe recordar que, según Proclo, el movimiento de *epistrophé*, o de regreso contemplativo al principio generador, es necesario para que la generación se complete. A este respecto enuncia, en calidad de axioma, que: "Cada ser está naturalmente destinado a conducirse hacia lo mejor"<sup>28</sup>.

También es claro que Proclo no aceptaría que entendiésemos a lo ilimitado como causa de los males. Los males, como vimos, son producto de una gran variedad de causas y no proceden de un principio único que produce lo malo, así como Dios produce lo bueno. Sin embargo sí es lícito, a mi entender, interpretar que, cuando el principio de lo ilimitado desciende hasta las esferas de la realidad desde las cuales ya casi no se percibe la luz de lo divino, pasa a prevalecer por sobre el principio limitante y provoca una dispersión en las almas, que olvidan su parte divina y se pierden en la materia. En esto consisten, precisamente, los males. El alma es, por ende, la arena en que los males, en tanto vicios, se enfrentan con los bienes, bajo la forma de virtudes. Es claro que, en este punto, el problema que queda planteado es el de la moral humana, pero esta es una cuestión que excede los límites del trabajo, cuyo objetivo era analizar el *status* ontológico de los males y las causas metafísicas de su *para-existencia*.

Podemos terminar asegurando que la teodicea de Proclo es un éxito. Dios es causa de un orden bueno y perfecto. Los males son una consecuencia ineludible y necesaria del proceder de la majestad divina hasta las últimas consecuencias, hasta los confines más retirados de la realidad, sin la existencia de los cuales el Todo no sería un verdadero Todo, completo y acabado. Y además, por último, hay que reiterar que los males solo son males para los seres particulares en los cuales habitan, ya que desde la

---

<sup>28</sup> Cfr. *De Subst. Mal.* XXV, 22



perspectiva divina todo es bueno. Alexander Pope, el genial poeta y traductor de Homero, escribe en su *Ensayo sobre el hombre* un verso que evoca esta idea: “Todo mal parcial, no es sino bien universal”.